EL ÓPTIMO LECTOR DE MORELLA

Este es un caballero sosegado. Habita un piso repleto de libros, en una casa de altos –altos, y en Morella– lejos del fragor urbano. Acusa no obstante vagos rumores: el sordo rechinar que le llega entremezclado con el graznido de las gaviotas, la estela ominosa de un avión furtivo=ecos de Barcelona; y el faldeo o pantaloneo andarín de las mujeres que imagina, o una sirena que –al acendrar el amparo del silencio– acentúa una resguardada instantánea doméstica.

Cae la tarde, y un último rayo modernista le sobredora los cabellos; es pelirrojo y en sus ojos brilla intenso el reflejo cruzado del día que se va con el eco luminoso de sus lecturas. Parece un sabio tan distraído que ni siquiera lo parece. Ahora mismo repara en que olvidó a medio ingerir un vinito blanco, de Alicante, menos seco que los libados en su adolescencia. (Cosas del moscatel y el exótico Syrah.) Se procura un brindis ante el crepúsculo, y sonríe pensando en JRJ y en Luis Cernuda, con ecuménica devoción.

Se eclipsaron las gaviotas, y algún avión se cierne vigilante o protector de un mundo desolado. Con cierto sobresalto, sigue imaginando mujeres y pensando en sirenas. De pronto le invade una íntima querencia de campo y monte, de tomillo y té de roca, de senderos y labranzas y de charla con voces de taberna y humo.

Se asoma al balcón y presiente una avalancha de imágenes. Extático ante el futuro, se presenta de súbito el pasado. Ya están aquí su padre y amigos disparados por el Ebro, trizado de estrellas el barro tras las desprotegidas alambradas. *¡Presente!, y* cuántos ausentes. Sigue oteando el horizonte, y primorizando el oído. Ya están aquí Cabrera y su madre... los carlistas.

No hemos dicho que este caballero apenas pertenece al s. XXI. Los libros, más que los siglos, son su sola pertenencia. Apresta el oído de nuevo, y distingue nítidos el entrechocar de las armaduras, los rostros ocultos por sólidas celadas, el destello ferruginoso de las tizonas. Olvidamos también que el caballero posee un catalejo primoroso adquirido en Argel —regalo de Cervantes, que SÍ escribió el Quijote, tal vez por disentir de Unamuno—, capaz de calar en inusitadas lejanías. Lo empuña con decisión y, ya resignado, se dispone a desafiar el futuro.

El caballero olvidó que, interlineales mientras va escribiendo, tanto el espacio como el tiempo y su habitat se le han transformado en un aquí y ahora no por evidentes menos incalculables. Ante el balcón, ni calles ni transeúntes. Sólo un inmenso declive, una meseta en descenso y al fondo una cima lejana, de nombre ligeramente fallero, *Penyagolosa*. Cambió su estancia, mira los libros: ninguno del s. XX, ni siquiera del XIX (¿y los suyos sobre Clarín?)... y dónde Saputo, dónde Gallardo y aquellos avisos del Censor como alarmas para un país tenso entre la melancolía de Jovellanos y el par de mozos que se zumban en el telar de Goya.

Sólo distingue libros de caballerías y su trepidar creciente, una amenaza de cascos e invocaciones a un dios todopoderoso que le inquieta, pues se sabe feliz sin más dios que el de la soñada convivencia ecuánime. Irrumpe de pronto su amigo Ahmed y, con espanto, le

señala un guerrero altivo que amedrenta a las gentes y ante el que huyen despavoridos los rebaños: *¡Che, collons, lo Cid!*

(Sergi… *"tot l'enyor de demà…*)

Lluís Izquierdo

SERGIO, HASTA SIEMPRE

Entre una especie de sutil evangelio laico y el ejercicio de saber que la lectura constituye una forma de realidad que esta raras veces alcanza, se me reaparece Sergio Beser: el mejor –con el añadido de una *s* insólitamente germánica– de todos los maestros y amigos que uno ha llegado a tratar. Como si la proyección del saber y del vivir de un Joan Oliver –Pere Quart– y de Martín de Riquer hubieran llegado al punto preciso de su confluencia: Sergi, Sergio. Como si el país que es campo y costa, pasión vernácula y cordura cervantina, nostalgias de Morella y fervor barcelonés, lograran por fin la solución ecuánime del paisanaje y sus logaritmos.

Su persona y adiós gravitan en nuestro apenado presente. Entusiasta de la lengua, descubrió la necesidad de entender la crítica como un bien de cultura común imprescindible, tanto más cuanto amenazado por la incomprensión de los factores tácticos. Si en la postguerra ideó como su antivirus cabal el estudio de una conciencia clarividente –la memorable tesis de su *Clarín, crítico literario*–, con la transición supo hacer navegables los desencuentros de talante político y opciones estéticas diversas. Nunca le oí reticencias ni el menor sarcasmo. Era un sabio, y es una lección de fraternal coexistencia cívica.

De Jean-Frangois Botrel a Yvan Lissorgues, de Antonio Vilanova a su íntimo Marco, A. Sotelo, R. Navarro, Ana Rodríguez Fisher, María José Sánchez-Cascado y este que le escribe, todo un panorama de letraheridos le debe o dedicó una devoción constante. En la U. Autónoma, C. Riera, y autores y docentes hasta J. Cercas, disfrutaron de su magisterio. En fin, encuentros y adioses acuden a la memoria: R. Asún, L. Maristany, Biel Oliver, Manolo V. Montalbán...

Pienso en los que me hizo leer y comprender mejor, por supuesto desde su emblemático estudio hasta Galdós, el propio Alarcón, Max Aub, Daniel Sueiro y los más inmediatos Chirbes, Garriga Vela, Carlos Pujol... (Hary Levin, Schenk., I. Berlín...)... Lo sabía todo...

Pienso en *tardará mucho tiempo en nacer...* como cita perentoria, al asociarle inevitablemente a la vida mejor que es conversar, sin desautorizar pero enseñando a disentir, fiel a un modo de convicción que era su forma de persuadir, hecha de rigor y de generosidad.

Todos estamos en el río que nos lleva, pero el Ebro transcurre como la cifra histórica y resumen de la geografía en sangre de la memoria. Partiendo de Morella, de retorno a Sant Cugat por Vinarós, prefería –me comentaba Ximo Puig, su gran amigo Alcalde– el recorrido por Vallderroures, Corbera d' Ebre y Gandesa, tal vez por acendrar el sentimiento de heroísmos anónimos entrecruzados, al paso de las muestras y testimonios de silencios que la transición intentaría, en el mejor de los casos, sublimar.

La convivencia a alcanzar, duradera y exigente, amable y obstinada en la irresignación a la nostalgia, es la fórmula estricta del respeto que recíprocamente nos debemos, o deberíamos, todos. No es otra la lección de su talante, de su gusto expansivo por la vida, tan cordial que su difícil sencillez de buen ilustrado hacía común y participable.

La lucidez en la interlocución y el rechazo sin aspavientos de la banalidad conformaban su binomio mental emblemático. Ello le llevaba a descubrir tesoros en lo aparente vulgar, y vanidades que callaba a la vista de algunos enaltecimientos.

La función intelectual, más allá de su reducción a *Humanidades* o *Cultural Studies*, era en su caso el ejemplo inaparente y ecuánime de la sabiduría que le habitaba, la transparencia que aún nos llega y no dejará de estimularnos y hacérnoslo presente sin cesar.

Recordarle no es sólo reconocer lo mucho que le debemos, sino que implica aceptar el compromiso de ser fieles, o aproximarnos siquiera, al talante de saber convivir y no cejar en el intento. Su memoria acendra tantas ocasiones de invitación a la lectura de días y trabajos, de amigas y amigos, que una vez más, en la presencia de su ausencia, sé que soy menos desde que él no está.

Lluís Izquierdo

Una versión reducida se publicó en *El Periódico*, el 30 de enero de 2010
Universitat de Barcelona, 11 de marzo de 2010

DE SAGUNTO A TERUEL, 1951

A *Sergi Beser*

La caravana, con sus cantos y risas,
La ruta sigue, sin sentir su dolor…
(De una canción de postguerra)

De pronto aquel rumor, el retroceso
a imágenes del niño
que frenaba el vagón en su caída
desde la cuesta bronca de Ragudo
hacia el lugar común del Gran Olvido.
Sierras de Espina y Espadan, Barracas
y la odisea a pie, llegando a Pina
de Montalgrao, Los Calpes y La Puebla.
Mi caravana no era la impresión
de cantos y otras risas, sino huellas
borradas de los *maquis*, las hazañas
–en páginas de fuga–
de un bélico lector de la postguerra.
Raíles de dolor, orín del tiempo
de un orden incivil, y su ortodoxia
provista de indulgencias
en el yermo del odio victorioso.

Sombras chinescas al llegar a Sants
lanzaban sacos ante la mirada
del inocente –caras hambrientas,
manás del cielo, leche en polvo y pan–
sediento y en ayunas
del mito de la franca libertad.

Fin del verano para un escolar
en el tren de *Una y Grande* carestía,
pasable a otras, con el estraperlo
constante en un país sin alegría.
y cómo, y aún así,
y yo sin comprenderlo.

(desde un álbum de imágenes –postguerra– de Morella a Segorbe)

Turia. Revista cultural, 83 (junio-octubre de 2007), p. 123.